

Anna Starobinets (Moscu, 1978) había publicado ya novelas y relatos de ciencia ficción y de terror cuando, en el año 2012, se vio en una situación personal que muy bien podría identificarse con ese mismo terror, y hasta con la distopía y con todo lo fantástico (para mal) que se imagine. La autora de *El vivo*, una novela futurista sobre individuos que mueren para volver a nacer una y otra vez en un mundo hipercontrolado e hiperconectado, y de los relatos de *Una edad difícil*, un volumen en el que hay replicantes, grietas peligrosas, agencias que se encargan de eliminar a personas por encargo, entre otros títulos de género, estaba embarazada por segunda vez y descubría en una revisión rutinaria que algo iba mal en el desarrollo del feto. Esa es la puerta por la que se coló en una pesadilla que parece imposible, pero que demuestra no solo que la vida supera a la ficción, sino que la vida en algunos lugares del mundo (desarrollado, lo llamamos) es un relato de puro miedo.

Starobinets ha jugado en su narrativa con la idea, muy común en la literatura de terror, de que entre lo ordinario, o lo normal, y lo terrorífico hay una delgadísima línea y que, de un momento para otro, por un mínimo cambio, se puede pasar de este lado al más allá. En *Tienes que mirar* (Impedimenta), no le hace falta jugar porque lo vive. Estar embarazada en Ru-

El terror cotidiano



Anna Starobinets denuncia en *Tienes que mirar* el terror sufrido en carne propia

sia en el siglo XXI, si todo va bien, no supone problema; si hay algún problema, es un horror. Una puede acabar metida en un hospital en el que el trato es como del siglo XIX, aislada por completo de su familia, casi como si fuera una delincuente.

Es lo que se abre ante la autora rusa cuando debate consigo misma —con su pareja también,

pero ante todo consigo misma— si es mejor abortar o seguir adelante con el embarazo de un hijo que, diagnosticado de enfermedad renal poliquística de tipo infantil o multiquística bilateral, jamás llegará a vivir fuera del útero de su madre. Hay que decir que, hasta aquí, los médicos ya la tratan como si fuera prescindible, solo un cuerpo

que estudiar, alguien que puede pagar por las ecografías que le realizan en clínicas privadas. A partir del diagnóstico, parece que hay que quitársela de encima: una mujer que no será madre, que llora, que consume recursos sin dar nada a cambio, no tiene derecho a compartir espacio con las otras, las “mamas”.

En el caso de que decida abortar, aparte de la incompreensión del resto del mundo —entre los que no quieren hablar de la pérdida y los que la sentencian por asesina, hay comportamientos de todo tipo pero no para todos los gustos—, lo que toca es lo que sigue. “Si una mujer decide interrumpir un

embarazo avanzado en Rusia, tiene que estar ingresada en el hospital al menos una semana, dos incluso. Y nadie, ni su marido, ni su madre, ni su hermana, ni su amiga, nadie puede acompañarla por la noche.

Tampoco durante el día... Si ha ido al hospital a matar a un niño nonato, su obligación es sufrir”. Técnicas antiguas, nada de apoyo emocional ni psicológico, aislamiento total.

Starobinets viaja a Berlín para abortar. A la vuelta, la pesadilla continúa. Depresiva, ansiosa, a punto están de encerrarla en un hospital de los que creemos que ya no quedan un día que se le ocurra ir a buscar un especialista que la ayude a superar un momento tan difícil. Menos mal que está rápida y se revuelve. *Tienes que mirar* es su denuncia de todo ese terror tanto como su verbalización del sufrimiento.

Elena Sierra

Tatiana Tibuleac (Chisinau, Moldavia, 1978) ha tenido que explicar en alguna entrevista que la complicadísima relación materno-filial que describe en *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes*, su primera novela, no tiene nada que ver con su propia historia. Aquel adolescente que odia a su madre, una mujer de vida nada fácil que desea pasar una última temporada, sabiendo que se muere, con su hijo, no ha sido nunca ella, ni es el reflejo de sus hijos. El paisaje francés en el que se ambienta el reencuentro —los colores, las flores, las tardes tranquilas— si está en su memoria; recuerda unas vacaciones similares con sus padres. Pero la rabia, el odio, la desesperación, el dolor y la necesidad de perdonar y de ser perdonado son fruto de una imaginación encaminada a desentrañar qué idea puede existir del amor (en cualquiera de sus formas) si uno nunca se ha sentido amado y qué idea colectiva se tiene de la mujer-esposaymadre.

Mucho de eso está también presente en su segunda novela, que se titula *El jardín de vidrio* y está, como la anterior, en el catálogo de Impedimenta —con traducción, de nuevo, de la bilbaina Marian Ochoa de Eribe, la persona que convenció al editor de que tenía que hacerse con los derechos de *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes*—. Aquí la protagonista se llama

Entre dos lenguas



El jardín de vidrio es la segunda novela de la moldava Tatiana Tibuleac

Lastochka, vive en un orfanato en el que la violencia es una constante y en algún momento de su infancia es adoptada por Tamara Pavlovna. La cosa promete: dejar de ser masa para ser individuo, dejar de echar en falta todo lo que nunca se ha tenido pero se sabe que existe para

empezar a poseer, a progresar. Pocas cosas se cumplen. Tamara Pavlovna quiere una niña para que la ayude a recoger botellas por las calles. Es un trabajo agotador, a veces asqueroso, pero es así como hacen dinero. Son esas botellas las que conforman el jardín de vidrio que es casi el

único consuelo de Lastochka: la luz sobre los distintos colores de los cascos apilados hace surgir un jardín efímero, un enorme caleidoscopio que la niña disfruta a escondidas.

Esa belleza es de lo poco que hay bello en una ciudad en un país bajo la órbita soviética en

los años ochenta. De lo poco hermoso en la infancia de una niña que fue abandonada por sus padres —la novela es una larga carta en la que les cuenta, ya adulta y sumida en el drama de tener una hija enferma y un marido que pone distancia porque

no sabe cómo enfrentar la enfermedad—, que vive rodeada de tristezas, que vive el abuso de distintos tipos y una etapa convulsa de la historia moldava (muy presente en el libro). Las palabras son al mismo tiempo refugio y guerra

para Lastochka. En este punto la ficción se acerca mucho a la realidad vivida por Tibuleac: cuando ella era niña, el rumano había sido sustituido oficialmente por el moldavo, un rumano escrito en caracteres cirílicos —como el ruso, otra de las lenguas oficiales—. Varias generaciones crecieron en ese idioma *frankenstein*, un invento político que arrasó la identidad cultural de ese pueblo y que, después, caería en desuso dejando una brecha (otra) entre padres e hijos, entre países que habían compartido una lengua y en la misma existencia de los protagonistas.

E. S.